

ARGUMENTOS

La Magnitud real de España (ABC 17 de octubre 1996)

JULIÁN MARÍAS

S

e proyecta y se vive desde una serie de lo que llamo “instalaciones”, desde la corporeidad y la mundanidad hasta la condición sexuada, la lengua y la situación social. Una de esas instalaciones es la unidad histórica y social a la que se pertenece. Los errores respecto a ella son graves y comprometen el porvenir, tanto individual como colectivo.

Por lo pronto, hay que estar en claro sobre “cuál” es esa unidad en la que se está instalado. Y el examen veraz de ello muestra que es siempre múltiple, una pluralidad de niveles que no sólo no se excluyen, sino que se articulan en una realidad que puede y debe ser coherente. En el caso de los países europeos, el nivel inmediato es el de las sociedades “insertivas”, a través de las cuales, las regiones, se inserta el individuo en la nación, cada una de las cuales está “implantada” en una sociedad más amplia, que es Europa; la cual forma uno de los dos lóbulos que integran Occidente.

La falta de claridad sobre esta estructura es perniciosa, porque conduce a todo género de aberraciones, desde los nacionalismos hasta un vacuo cosmopolitismo. Si falta el acierto sobre esa instalación básica, en su efectiva complejidad, no se sabe dónde se está, y por consiguiente quién se es. El panorama del mundo actual, desde este punto de vista, no es muy alentador, y el de España en particular es inquietante.

Y hay un aspecto más, que conviene tener en cuenta: la magnitud real de cada una de esas unidades, en los diversos niveles. Se puede oscilar entre la megalomanía y la pusilanimidad, que lleva al apocamiento. Tal vez por cierta megalomanía verbal de épocas pasadas, como reacción a ella, se está deslizando en muchas mentes, y muy en especial en los medios de comunicación, la idea de España como un país “pequeño”. Nunca lo ha sido, en ningún sentido, empezando por su tamaño territorial. Antes de que hubiese España, la Hispania romana era de extensión considerable; después de la

fragmentación del Imperio Romano por las invasiones, la España visigoda era, con Bizancio, el país mayor; y desde que hay naciones, a fines del siglo XV, España, con Francia, es la mayor de Europa, aparte de la tan problemática Rusia. A escala europea, España es un país “grande”.

Siempre me ha interesado la manera de sentirse y proyectarse en los países menores, rodeados de otros de mayor tamaño; pueden tener una vida admirable, llena de valores, pero distinta de otras formas, que cualitativamente difieren. Y puede haber una relación “sana” entre unos y otros, que se completan desde sus diferencias, o viciada por un sistema de descontentos y rencores que perjudican a todos.

Pero no se trata de la superficie sólo; importa también la población, “cuántos” son los habitantes de cada país. Esto varía con el tiempo, y se asocia al concepto de “densidad” de población, muy baja durante siglos, elevada desde hace un par de ellos; se ha señalado la importancia que tuvo el llegar a 40 habitantes por kilómetro cuadrado. Piénsese en la diferencia entre los diversos continentes.

Una diferencia esencial es la historia, lo que se puede llamar el “espesor temporal” de las diversas sociedades. Si se compara la situación europea con la de otros lugares, se cae en la cuenta de las enormes diferencias, que condicionan el sistema de proyección. Se trata de la continuidad de las sociedades, determinada, no sólo por la mera coexistencia o la existencia de “poderes” políticos, sino por las vigencias sociales y de proyectos de convivencia. Es esencial “desde dónde” y “desde cuándo” se proyectan las vidas individuales. Está por hacer lo que se podría llamar una “topografía real” de las diversas sociedades; la claridad sobre esto evitaría innumerables conflictos, que responden a errores intelectuales de interpretación.

Las naciones europeas “datan” de diferentes épocas o niveles históricos; las han precedido sociedades no nacionales —todas las anteriores a los últimos decenios del siglo XV—, que les confieren una antigüedad originaria, social pero no nacional, y esto las ordena en un complejo sistema de “promociones”, que van desde España y Portugal hasta Alemania e Italia, sin contar con las grandes porciones de Europa que no han alcanzado la nacionalización, sino otras formas de convivencia, tal vez admirables, como fue el Imperio Austro-Húngaro, cuya destrucción seguimos padeciendo.

La magnitud real de España no se comprende bien si se tiene solamente en cuenta su realidad política actual. Es uno de los países mayores de Europa, con una población ligeramente inferior a lo que le correspondería; a ello, y a su historia reciente, se debe que su magnitud parezca rebajada a una mirada superficial. Pero esta impresión se corrige si se tiene en cuenta la historia, lo que se podría llamar la “profundidad” de España. Y sobre todo la lengua, cuya temprana fijación y madurez prolonga hacia un remoto pasado la interpretación lingüística de los españoles. *El Poema del Cid* es inteligible para cualquier persona medianamente cultivada; no digamos *El Libro de Buen Amor*, y las *Coplas* de Jorge Manrique pueden leerse como español “actual”. Compárese esta situación con la de las demás lenguas de Europa, salvo el italiano, y

respecto de éste habría que tener en cuenta la fragmentación en dialectos, dominantes hasta hoy, salvo en los niveles superiores.

Pero, sobre todo, hay un factor que dilata la magnitud de España, y es precisamente la lengua. El español no es sólo la lengua de España, sino la efectiva —y no meramente oficial— de una enorme porción del mundo. Es la lengua “propia” de unos cuatrocientos millones de personas, que comparten la misma interpretación lingüística de la realidad, que pertenecen, por tanto, a una inmensa comunidad, no ciertamente política, pero sí social e histórica.

Y, finalmente, esto no quiere decir únicamente la posibilidad de comunicación y convivencia, sino la posesión de una cultura realizada en una lengua accesible y compartida, a ambos lados del Atlántico, con un pasado más que milenario y que llega hasta el presente de toda esa comunidad lingüística, sin diferencias entre los diversos países.

Y como la lengua lleva consigo la primera interpretación de la realidad, afecta al sentido del “nosotros”. Con lo cual caemos en la cuenta de que la “magnitud” de España es variable, mayor o menor según las diversas dimensiones de la vida, lo que requiere un examen de su conjunto. Y habría que preguntarse por los mecanismos o las tentaciones que llevan a algunos españoles a la renuncia a grandes porciones de su realidad, a lo que habría que llamar una mutilación histórica.